

y todo á la desgracia debe perdonarse. Dirigido tal ruego á la sombra de Cleopatra, una perplejidad misteriosa como la del crepúsculo entró en su ánimo. Dolíale que Cleopatra hubiera muerto, y al par se regocijaba. Parecíale imposible que tanto ardor, tanta gracia, dones tan inestimables hubiéranse reducido á un cadáver; y cuando pensaba todo esto, un dolor agudísimo le mordía en el corazón y en las entrañas. Mas al pensar que viva podría de otro haber sido, ¡ah! se holgaba con su muerte como con increíble ventura. ¡Cuánto habría padecido ella tan de suyo sensible! ¡Cómo había penetrado el dolor triunfalmente por aquellos sedosos tejidos de su piel, por aquellas azules venas de su cuerpo y por aquellas divinas formas, obra maestra de los cielos y envidia de la tierra!

Tras estas emociones Antonio no podía vivir mucho tiempo. Parecíale imposible sobrevivir á su derrota y á su Cleopatra. Nada podía esperar de la fortuna cuando le robara el único bien que lo uniera con la tierra. No le dolía tanto hallarse de Cleopatra separado, puesto que pronto en otro mundo mejor debía encontrarla seguramente; lo que le dolía, y al par le avergonzaba, era verse, general invencible, aventajado en magnanimidad y en valor por una débil mujer. Tras esta reflexión no le quedaba ya otro recurso al cuitado sino partirse

de la tierra y abandonar la vida. Mas poco entero y fuerte para matarse á sí mismo, buscó afanoso quien le ayudase y le diese muerte. Efectivamente, Antonio tenía un esclavo, con el cual había departido mil veces acerca del último fin, y del cual había recabado una promesa de matarlo el día en que lo mandara. Llamóle, pues, y le recordó la promesa. Como Eros mostrara en su ademán y en su gesto repugnancia invencible á cumplirla, recordóle Antonio que la compasión y la misericordia consistían en herir con fuerza y matar con rapidez. Así mostróle con empeño la espada que tenía en el cinto suspensa. Eros la sacó y la tuvo en su puño algunos instantes. Pero cuando Antonio le pidió que lo hiriera, volviola Eros contra sí mismo y hundiola en el corazón, cayendo muerto y extinto á los pies de su amo. Imaginaos la emoción de Antonio ante víctima tal, que le daba ejemplo y enseñanza. Eros no había tenido valor para matarlo á él; mas lo tuvo para matarse á sí mismo. No podía ser Antonio menos que su esclavo y su amante favoritos. Así cogió la espada y se traspasó el pecho. Mas acompañándole, como en todas las ocasiones de su vida, el valor, no le acompañó también la destreza. Caído en su lecho, se revolcaba entre dolores agudísimos, pero no iba sobre su sér la deseada muerte. Todo lo contrario, presentábasele bajo sus

peores aspectos la vida y con sus más horribles y más dolorosas sensaciones. Así gritaba con estentórea voz, en la cual no se percibían los estertores del moribundo, que fueran sus guardias y sus domésticos á rematarlo. Guardias y domésticos fueron, mas no lo remataron. Antonio decía que nadie de su estado se apenaba, porfiando para que lo matasen. Así preguntaba si aquellas gentes suyas, que lo amaron, bien podían gozarse viéndole privado del poder, privado del triunfo, privado de Cleopatra y en lucha con la muerte. Aquella mujer, más heroica que todos los ejércitos del mundo, más divina que todos los dioses del cielo, en el sentir y en el pensar de Antonio, aquella mujer, que, de no haber muerto, nadie la creyera mortal, debía bajar desde las alturas donde se hallaba y llevárselo en sus brazos. Los domésticos veían todos estos transportes y lloraban, pero sin decir una palabra.

En esto Domicio, secretario de la reina, llega y anuncia que Cleopatra vive todavía y desea ver á su amado. Al saberlo Antonio, el regocijo se aventura y sobrepone súbitamente al dolor. Así desea morir aspirando su aliento, recibiendo el resplandor de sus ojos, envuelto en sus brazos, suspenso en beso eterno de sus labios, escuchando las palpitaciones de su corazón al extinguirse la vida. Como no pudieran los pies obedecerle, por faltarle completa-

mente las fuerzas, condujéronlo en brazos al panteón de Cleopatra. Esta se hallaba en aquel pórtico de la eternidad, entre la vida y la muerte. Las ideas egipcias de inmortalidad que, á manera de fuegos fatuos, corrían por las orillas del Nilo, habíanse á su frente refugiado resplandeciendo con resplandor muy nuevo. Su alma se revolvía con la majestad de nave al puerto de llegada, se revolvía sublimemente hacia los eternos enigmas. Seguramente debió ver que la paz, la paz eterna tan sólo reside en el profundo abismo de los perdurables olvidos donde todo concluye por sumergirse y por desvanecerse. Así ya no pensó Cleopatra sino en aquello que la separaba del mundo. Las compañeras que llevara consigo al fúnebre lugar iban recorriendo las puertas y examinando la seguridad suya con el propósito y fin de que nadie llegase á perturbar el acto más solemne de la vida, el juicio que hacen de sí mismas las almas al estertor de la postrimer agonía. El pesimismo, natural á circunstancias tan extremas, brotaba de toda su alma, preguntándole qué genio maléfico le habría regalado este dón funesto de la existencia, que solamente vive y dura para el dolor. Cada uno de sus momentos encierra un verdadero martirio, y luego amamos lo mismo que nos aflige y nos apena. Todo acaba en verdad; pero esas moles sin alma y sin conciencia

que se levantan orgullosas en la inmensidad del desierto, esas pirámides sobrevivirán á las ideas de cuantas generaciones las fabricaron, sobrevivirán á su inteligencia y á su espíritu, á este fuego interior nuestro que imaginamos eterno y en que muchas veces creemos ver iluminarse y enrojecerse hasta los mismos astros. Todo muere, pero la encina que produce una de esas bellotas holladas por la pezuña de los bueyes ó removidas por el hocico de los puercos en los campos; esa encina, pobre germen un día, débil tallo, tierna hoja, dura y dura, crece y crece hasta ver generaciones innumerables, no ya de hombres mortales, de dioses á que llamamos inmortales, pasar y morir bajo sus fuertes ramas. Mientras penetra con el pensamiento suyo en todas estas ideas, anúncianle cómo Antonio llega moribundo, en el supremo trance, cerca ya de la postrimer agonía, ensangrentado, yerto, á despedirse, sin luz en los ojos y sin aliento en el pecho, á despedirse para siempre de lo que más fuera su vida, de su amada y de su amor.

La reina se abalanzó para verle y apenas pudo con claridad verdadera distinguirlo á la impresión terrible producida por su maltrecho cuerpo en la retina y en el corazón. ¡Quién le conocería, cubierto de sangre como un carnicero, cuando resplandeció rutilante de luz como un Júpiter! A Cleopatra

esta emoción debió envejecerla de súbito, por lo menos alterarla con alteraciones profundísimas, dada la irritabilidad natural de su temperamento. Al pobre Antonio solamente le quedaban fuerzas para levantar los brazos á ella y sólo voz para pedirle que le permitiese contemplarla como postrer objeto de este mundo aparecido á sus ojos, y sólo respiración para transmitirle como legado de su voluntad en testamento el suspiro último de su vida. Cleopatra, ya lo hemos dicho, había escogido la sepultura erigida por su previsión, no sólo como palacio de sus postreros momentos, como fortaleza contra el vencedor Octavio. Y para mejor defenderse, preservándose contra toda tentación y resistiéndose á todo sitio, había perdido la llave, lejos de sí arrojada, como un objeto inútil. Así no pudo franquear fácilmente su paso al moribundo Antonio. Tuvieron, pues, que ponerlo como un fardo sobre cuerdas y subirlo por la ventana. Como eran tres mujeres las que tiraban del peso, sus delicadas manos apenas podían soportar aquel cuerpo tan sólido como un mundo. En el aéreo ascenso creyeron que se les caía de las manos, y juraron estrellarse todas con él desde las alturas en el suelo. Por fin, como suele suceder con tanta frecuencia en las mujeres, la pasión impelió al sentimiento, el sentimiento á los nervios, los nervios á los músculos,

los músculos al cuerpo todo, y tantas fuerzas, así materiales cual espirituales, obraron el milagro de subir al moribundo hasta la tumba elevadísima. Consuelo inexplicable para el pretoriano verla. Ya pudo morir. La sangre no quería fluir toda ella de su cuerpo herido; el postrer aliento no quería escaparse de su pecho destrozado, si antes no aseveraba una vez más que la quería, pues, desde que la vió, tan sólo viviera para su amor y por su amor moría. Cleopatra no acertaba, no, á creer lo que veían sus ojos. Pálido y frío el amador como la muerte, su cabeza, que llevó las diademas de cien imperios y las aureolas de cien dioses, caíase, como si la hubiese abrasado el viento de los desiertos. La palabra, que alimentó á millares de pueblos, entrecortábase como un sollozo. Sus brazos, entre los cuales descansaba el Oriente, caíanse yertos. Cleopatra no se cansaba de dar calificativos en letanía inacabable al moribundo. Dueño de su sér, monarca de su corazón, objeto de su deseo, idea de su pensamiento, alma de su alma, general de sus ejércitos, ministro único de sus mandatos, su esclavo y señor al mismo tiempo, su padre y su hijo, su hermano y su esposo, majestuosísimo como un Júpiter, fuerte como un Hércules, regocijante como un Baco, poeta y orador como un Apolo, tierno como una doncella y cándido como un muchacho;

así, así hablaba Cleopatra en sus caricias, en esas caricias que las amantes y las madres expresan á una en frases infinitas cuando las consagran á sus amados y á sus hijos. Diciéndole sol de sus días, lucero de sus noches, baluarte de su defensa, escudo contra todas las asechanzas, nido de todos sus amores, pedía que le permitiera enjugar con su cabello el sudor frío de aquel cuerpo y lamer como un perro con su lengua el cruor rojo de tantas crueles heridas. Así, desciñó sus velos Cleopatra, rasgó sus vestiduras; y yéndose por el salón, como loca, golpeó su cuerpo contra todos los objetos y contra todas las paredes, en términos de herirse y maltratarse la cabeza y el pecho. Las dos siervas, por mandato de Antonio, se vieron obligadas á detenerla y asirla para que no acabase consigo. El general pedía que diese á su dolor tregua, y oyera sus consejos, y se dejara de lamentos, y se aproximase á su lado, y se animase con aquella sonrisa que todo lo penetraba de amor y de esperanza, y abriera bien los párpados tan oscuros, tras los cuales se ocultaban abismos tan hondos, á fin de recoger con ojos, con oídos, con todos los órganos de su cuerpo, el encargo último que le hacía, el encargo de conservarse para ornamento de la tierra y gloria de los reyes. En cuanto á él, Cleopatra no debía por su triste suerte afigurarse. Había vivido

mucho, mandado numerosos ejércitos, puesto en fuga innumerables enemigos, alcanzado la dignidad de tribuno y triunviro en Roma, la diadema de monarca en Asia, el ara y el culto de un Dios en Alejandría, el corazón de Cleopatra. Y dicho esto, como si un remordimiento postrero cruzase por su conciencia en el ocaso, juró haber combatido con el dueño de Roma, su émulo; pero no haber hecho traición jamás á Roma, su patria.

Cuando supo César Octavio la muerte de Marco Antonio, su compañero y su enemigo, lloró, cual dicen que lloró César cuando supo la muerte de Pompeyo, su enemigo y su émulo. El sentimiento de César apareció fugaz y superficial; pero el sentimiento de Octavio apareció interior y profundo. En la enorme crueldad antigua no tenía para qué justificarse. Muerto el enemigo, no le tocaba ni siquiera la obligación de procurarle sepultura. Cumplía con abandonarlo á los buitres y á los perros. Pero debió recordar Octavio que sin la resolución de Antonio al recoger los restos de César y suscitar al pueblo contra Casio y Bruto, jamás el imperio se hubiese fundado. Así quiso excusarse ante los romanos de aquella muerte violenta, cuya responsabilidad caía sobre su corazón y sobre su conciencia. Octavio recordaba cómo diera la mitad completa del mundo romano á Marco Antonio y

lo alzara en el interior de su casa y en el regazo de su familia nada menos que á hermano suyo, casándolo con Octavia. Y Antonio, en vez de llevar el imperio romano á Oriente, sobreponiéndolo á sus dioses y á sus reyes, ¡oh! llevó el Asia con todos sus sortilegios á Roma y quiso hacer de Roma una ciudad asiática, postrada, como él, no á los pies de una divinidad, á los pies de una prostituta. Aquella grande Alejandría, en la desembocadura del Nilo trazada por los geómetras de Alejandro para interrogar desde sus observatorios á los cielos y desde sus escuelas á los espíritus, habíase trocado en taberna, en garito, en zahurda, en burdel de Antonio, siguiéndole su millón de habitantes, como ebrios y locos, por las enercujadas, cuando, vestido de Baco, presidía los juegos sangrientos, los bailes desenfrenados, las orgías lúbricas, representando, él, emperador, farsas como cualquier comediante griego; haciendo gestos y trampolinadas como cualquier acróbata; ya beodo hasta el embrutecimiento, ya rendido hasta la esclavitud; apartándose de los tribunales porque pasaba la reina en su litera, leyendo en las Asambleas, no sus discursos de imperante, las cartas de amor escritas por su manceba; en los jardines hecho un sátiro como los que pudieran correr por los bosques; en el mar caricaturando á Glauco, adobado con mixturas verdes el

rostro, ceñida una corona de juncos á la cabeza, puesta una cola de pescado á la cintura; demencias, demencias increíbles, las cuales no podían consentirse, no, sin riesgo de ver perdido el mundo y el cielo romanos. Luego repudio á Octavia; y cuando le reconvenía como buen hermano de tal repudiación, Antonio le insultaba, le decía cómo él repudiara mayor número de mujeres, cómo repudió á Scribonia y á Claudia, hija de Fulvia, casándose por último con Livia, extraída violentamente del hogar propio y robada casi á su esposo Tiberio; con todo lo cual no se hartaba la voluptuosidad suya inextinguible, haciéndose conducir mujeres, ó casadas ó casaderas, en cueros á su presencia para examinarlas como siervas de su palacio y poseerlas como esposas de una noche. Y Octavio creía que sus fuerzas habían traspasado los límites de toda paciencia, porque no se resolvieron al combate, sino después que Antonio había hecho su persona sierva de Cleopatra, su imperio apéndice de Alejandría y Egipto, sus reyes vasallos una confederación bárbara contra la Ciudad Eterna, convirtiendo el tridente de Neptuno en espada de fuego tendida sobre la cumbre del Capitolio como un siniestro cometa de universal ruina y obligándole á convertir los mares en volcanes para conjurar la soberbia cuasi loca del Asia, envanecida y segura de vencer

para siempre á Roma y extirparla del mundo. Pero los anteriores servicios suyos, los recuerdos que dejara, los enemigos que venciera, sus batallas con tanto empeño mantenidas, sus victorias con tanto brillo alcanzadas, merecían que Roma olvidara los últimos días de Antonio y le consagrara funerales propios de sus viejos ritos y dignos de un general romano. Nada faltó. Vistiéronle como si viviera, y presentaron su faz al pueblo. Toga de púrpura envolvía su cuerpo; diademas de laurel y encina coronaban sus sienes; rico lecho de marfil y oro le contenía; romanas haces le custodiaban; circuíanle numerosísimos pretorianos; voceros egipcios anunciaban las ceremonias; gladiadores de todas las tribus combatían desnudos en su presencia y se inmolaban á sus plantas; plañideras vestidas de azul oscuro lloraban y se dolían públicamente de su muerte, recitando al són de las flautas y de las cítaras melancólicos versos y elegías; devotos innumerables llevaban lucernas y antorchas que despedían suaves aromas; bandas de trompetas producían lastimeros quejidos, y grupos de sátiros trenzaban danzas fúnebres; un archimimo presentaba máscara hecha perfectamente imitando el rostro de Antonio, así como fingía la voz, diciendo sus palabras y discursos habituales; los ascendientes del muerto, esculpidos en cera y envueltos en sus trajes anti-

guos, precedían el cuerpo; camas de ricas materias, de preciosos metales, en que iban todas las insignias de los cargos por el difunto ejercidos lo acompañaban; tras el cuerpo seguían los deudos y amigos sin anillos, y las amigas con sus cabelleras sueltas, y detrás, cerrándolo todo, sus esclavos, á quienes uno principal daba las varias señales de las contorsiones que debían hacer y el tono de los gemidos que debían lanzar; inmensa procesión fúnebre, tendida por calles y por plazas, discurriendo en ostentación inacabable hasta que, llegada por fin á un sitio donde se levantaban altares de ciprés cubiertos de flores, y en cuyo centro había pirámide colosal de secas plantas olorosas, el cadáver fué allí depositado después de haberle abierto los ojos para que viese por última vez los cielos; y ardiendo las ramas secas en pira enorme, una parte de Antonio se disipó como espesa nube de humo en los aires y otra parte de Antonio se quedó en montones de ceniza y polvo sobre la madre tierra.

Cuando Cleopatra vió las consideraciones guardadas por Octavio á la memoria de Antonio, creyó fácil, facilísimo dominar al nuevo dueño del mundo como había dominado á los dos anteriores. Imposible que fuera el nuevo César tan dueño de su voluntad y tan fuerte por su temperamento como el inmortal predecesor, á quien tantas virtudes exi-

mias, genio militar sin ejemplo y sin rival, genio político de primer orden, fuerza física y fuerza moral, inspiraciones de poeta é ideas de filósofo, cual ningún otro, no habían bastado á preservarle de la fascinación por Cleopatra ejercida, no sólo sobre los seres superiores, sobre los seres inanimados, maga y hechicera incomparable con el dón divino de los portentosos milagros. Luego, por tal manera su influjo se había ejercido en el cuitado Antonio, que afeminó aquel Hércules y lo hizo nervioso, neurótico, histérico como cualquier dama de harén oriental ó de gineceo helénico. Por consecuencia, el fulgor de sus ojos, el aliento de sus labios, ese misterio que hoy llamamos en los adelantos de las ciencias naturales magnetismo animal, debía seguramente haberse condensado en Cleopatra como la quinta esencia de cualquier filtro alquímico en áureo y breve pomo. Con esta seguridad Cleopatra pugnaba por una entrevista, en la cual redujese y cautivase á Octavio, como había seducido y cautivado á los embajadores por Octavio expedidos para ofenderla, vejarla y oprimirla. No era el dictador uno de esos seres abstractos que, como Arquímedes ó Platón, absorben su espíritu en las matemáticas, cual si vivieran á guisa de puros espíritus, contemplando el tiempo y el espacio con sus números y con sus líneas, ó el pensamiento con sus ideales y